



**ESCUELA UNIVERSITARIA DE
ENFERMERÍA, FISIOTERAPIA
Y PODOLOGÍA**

SALUD Y ENFERMEDAD

ANA ZARZA STUYCK

**SOLEMNE ACTO DE CLAUSURA
DEL CURSO ACADÉMICO**

SALUD Y ENFERMEDAD

ANA ZARZA STUYCK

Decana del Colegio Profesional de Fisioterapeutas de Madrid

Conferencia para el Acto Académico de Graduación de la
Escuela Universitaria de Enfermería, Fisioterapia y Podología de la
Universidad Complutense.

SALUD Y ENFERMEDAD

ANA ZARZA STUYCK

SALUDO

Si en lugar de hallarnos en este solemne acto, nos encontráramos por la calle o en algún pasillo de algún que otro hospital o clínica, sin duda, y no sólo por educación, nos saludaríamos con el habitual "¡Hola! ¿Qué tal?", que además de indagar sobre nuestros dineros y nuestros amores, sobre todo, se interesaría por nuestros mutuos estados de ánimo y de salud

Hasta tal punto la cultura se ha nutrido de este principal aspecto de la vida que además de relacionar directamente con la salud el más usado, popular y coloquial "¿cómo estás?", lo propone como una de las fórmulas habituales de cortesía. Más aún, denomina "saludo", a cualquier breve intercambio de reconocimiento entre dos personas o lo incluye como inicio de protocolarias comunicaciones.

INTRODUCCIÓN

Sirvan estas palabras también como saludo e introducción a la exposición de unas ideas o notas sobre la dimensión social o colectiva de la salud o de la enfermedad, sus relaciones respectivas con la armonía y la desarmonía y la profunda actitud humana que puede presidir el ejercicio de nuestras profesiones.

La palabra latina "salud" indica un estado saludable y de plenitud corporal, las mismas acepciones reserva la lengua clásica para la palabra "integridad", idea que hoy se asocia, unida a los más diversos y a veces espurios intereses, a tanta oferta que en torno a la salud propone una visión crematística y comercial del bienestar corporal. Empezaríamos y no acabaríamos de citar frases más o menos comerciales que hablan de salud integral, armonía corporal, unidad de cuerpo mente....., todos prometiendo soluciones mágicas a los problemas que nos crea la vida actual.

Y, la verdad, no van muy descaminados, o porque cuando nosotros mismos no nos encontramos bien, pasamos de ser personas sanas a engrosar la lista de las que no "se encuentran bien", nos damos cuenta de que no se trata sólo de estar enfermos de algo concreto, sino de hallarnos en una mala relación con nuestra totalidad, "no estamos bien" con nosotros, con el conjunto de nuestro ser y, consecuentemente, con los demás. El hombre sano es un hombre integro, entero. Por ello se habla de integrar cuando se trata de curar, de ayudar a un hombre o mujer enfermos. El enfermo está quebrado, ha perdido su integridad. Es el hombre o la mujer en quienes algo ha quedado excluido y ellos lo saben, y se saben además excluidos de la sociedad. La sociedad siempre ha hecho una distinción entre personas sanas y enfermas. Y todos sabemos que no es lo mismo "estar de baja y de alta". Hay una desarmonía global, personal y social, en el enfermo, hay algo que debe arreglarse, curarse. La curación sería pues, en este sentido, no sólo hacer desaparecer una enfermedad, sino devolverle a la persona su equilibrio particular y reincorporarla al conjunto de la sociedad. Y ya que decimos estas cosas, aunque sólo sea de paso, también podríamos caer en la cuenta de que, a la inversa, una desarmonía en la familia, en el trabajo, entre los amigos, puede acabar en enfermedad.

Por eso agradecemos tanto en lo más íntimo de nuestro corazón que alguien nos sorprenda en su saludo con un "¿qué bien te veo?". Sin duda pensamos que ésta sí es una persona amiga y que bien nos quiere. Pues andamos todos tan ajetreados y confundidos con nuestros problemas que no solemos fijarnos en el bienestar de los demás.

Tal vez la exagerada exposición de soluciones, siempre demasiado fáciles y comerciales, a nuestra desarmonía, tenga mucho que ver con el despilfarro de energías que supone una sociedad, cada día más extravagante, competitiva, agresiva, violenta, absurda, donde casi nadie "se encuentra bien", mucho se disimula y, probablemente, la enferma sea la misma sociedad. Me atrevería a pensar que en esto estaríamos casi todos de acuerdo. Más aún, a todos nos cuesta hallar una razón que explique el que una sociedad con tantos adelantos, tanta comunicación, tantas posibilidades de esparcimiento, tantas "ofertas" de todas clases, haya devenido o se haya degradado hasta formar una sociedad neurótica, desequilibrada y estresada.

Y según se mire, esta sociedad tan avanzada aporta, paradójicamente, demasiados ingredientes que fomentan el "sin sentido". La depresión, según sea su intensidad, así resta más o menos sentido a la vida. Y, si me permiten profundizar un poco en esto, recordaría la frase de Amiel quien afirmaba que "la salud es la primera de todas las libertades". Si esta sociedad está enferma o en la medida en que no está sana, podríamos deducir que, aunque alardeemos de pertenecer a una sociedad libre, probablemente, inconscientemente seamos más esclavos de lo que, en un momento de euforia, podemos suponer.

También es verdad que la salud o la enfermedad no siempre han tenido la misma consideración como demuestran las diversas historias

de la medicina y probablemente, quienes vivimos en esta época seamos, tal vez, más exigentes y entendamos esta armonía global del cuerpo y de la mente, como un derecho más amplio que de la concreta atención debida a todo enfermo en cuanto tal.

UN POCO DE HISTORIA

Las exigencias de los enfermos varían en la medida en que cambia el concepto de salud y éste según sean los adelantos que la ciencia médica ofrece a la sociedad. Así podría hablarse de la cultura de la salud como un aspecto más de las transformaciones de las estructuras sociales. Ernst Bloch, en este sentido, afirmaba que "el médico restaura precisamente aquella normalidad que como tal es tenida, según sea cada sociedad en concreto y, además la puede restablecer porque el cuerpo de la persona tiene la posibilidad de modificarse funcionalmente y de mejorarse".

Aunque sea sólo brevemente y de forma escueta quisiera, a modo de pinceladas y siguiendo la estructura histórica que propone el antropólogo Lluís Duch, cuando trata el tema de la salud y de la enfermedad, fijarme en algunas ideas que él expone y que me parece pueden ayudarnos a centrar el tema que nos ocupa.

SOCIEDADES ANTIGUAS

En las sociedades antiguas la salud y la enfermedad, como los nacimientos y la muerte, formaban parte vital de la misma sociedad. Casi podríamos decir que su excepcionalidad no les privaba de la consideración de normalidad con que eran acogidos. Con esta misma

normalidad entendían que la salud y la enfermedad se relacionaban directamente con el mundo de los espíritus y de sus influencias positivas y negativas. Idea que hacían extensible a todos los demás acontecimientos sociales, a sus cosechas, a sus animales y a la propia naturaleza. No es de extrañar, pues, que quienes debían intervenir para solucionar los problemas de la tribu o de los individuos, eran aquellos que tuvieran la posibilidad de entrar en contacto con las fuerzas superiores, aplacar sus iras y devolver la salud o la normalidad al enfermo y a la sociedad.

La medicina era entendida pues como acción mágica y los curanderos como brujos o magos cuyas acciones se desarrollaban en un marco de ritualidad sagrada. La enfermedad o los desastres naturales tenían siempre como causa principal algún desorden que interrumpía la armoniosa relación de la tribu o el individuo con los espíritus benignos, los cuales permitían a los malignos posesionarse de los cuerpos o del grupo. Se entendería por salud el restablecimiento de aquella armonía desgarrada.

Es interesante resaltar la relación que se le suponía a la enfermedad con el estado social del grupo. No se consideraba al enfermo y su enfermedad como casos aislados y particulares. Así, entendiendo que la desarmonía era algo que atañía al conjunto aunque se manifestara en un individuo particular, la curación del enfermo debía suponer el restablecimiento de la salud en la comunidad en su conjunto. Aplicando este mismo criterio a la enfermedad podemos deducir que el curandero, sanador o chamán, lógicamente entendiéndose que, aunque la enfermedad se manifestara en un punto localizado del cuerpo del enfermo, la curación debía extenderse a la totalidad del individuo.

Esta concepción del mundo englobadora de la realidad como un todo, obligaba a la participación de todo el colectivo, de toda la tribu, en la curación en la que el chamán oficiaba de intermediario entre las fuerzas superiores o espíritus y la tribu.

No podemos extendernos y sacar las interesantísimas conclusiones que podrían considerar de esta visión del mundo, pero no cabe duda de que los aspectos psicosomáticos y ambientales que rodean toda enfermedad vuelven a tenerse en cuenta después de una excesiva parcelación de la ciencia médica.

GRECIA

En Grecia no entran en el concepto que se tiene del sanador o del médico las características mágicas del curandero, sin embargo, se sigue pensando que el médico está en contacto, de alguna manera, con los dioses y de ellos recibe el don de curar. La sanación alcanzada en la aplicación de unos determinados conocimientos, sigue entendiéndose como el restablecimiento de un orden, de una armonía, de un equilibrio por cuya ruptura el individuo había perdido su salud. Según esta mentalidad, el conjunto social, tribal, ha cedido su protagonismo al propio enfermo cuya colaboración en la curación adquiere tanta importancia como la labor del médico. Si para la cultura clásica la curación es un arte, deberíamos añadir que los artistas de toda curación son a la par el enfermo y su médico.

Hace más de dos mil años que Platón decía que "el más grande error en el tratamiento de las enfermedades es que hay médicos par el cuerpo y médicos para el alma, siendo que ambas cosas no pueden separarse". El antropólogo Duch, llama la atención, en este aspecto, de

la relación platónica entre la palabra y la medicina, al considerar la importancia armonizadora del lenguaje y de la labor cautivadora del médico que con su palabra debe impresionar al enfermo para que este se anime y favorezca su propia curación. Una curación que tenía mucho que ver con la vuelta al orden natural, pues ellos entendían que la enfermedad se relacionaba con el deterioro progresivo de la naturaleza, con el alejamiento del orden natural de por sí beatífico y saludable.

Estas ideas no suenan ya, hoy en día, a algo extraño, sino por el contrario, parecen ser objeto de una reivindicación por parte de una medicina más natural que quiere recuperar los aspectos más humanos de los tratamientos médicos que se habían ido perdiendo en favor de la fría y metálica aplicación de unos medios técnicos. Ahora, todos, incluso por propia experiencia, reconocemos la importancia que para la salud o para recuperarla tienen los estados de ánimo, nuestras circunstancias y nuestro modo de relacionarnos, en conjunto, con todo lo que nos rodea, con la naturaleza.

En este sentido escribe Pedro Laín Entralgo que el "pensamiento arcaico de la antigua Grecia había enseñado que hombre sano y válido socialmente es al mismo tiempo el hombre justo, (capaz de proceder en sus acciones con justicia o ajuste cósmico), limpio (corporal y moralmente) y hermoso (bello y armónico interior y exteriormente), lo que implica al cosmos en el sentido originario de la palabra, y moderado".

EDAD MEDIA

Ya en la Edad Media, y en la línea con lo dicho más arriba, Maimónides, aconsejaría tratar a los enfermos como seres humanos

con problemas físicos y psicosomáticos. Con estas palabras podríamos resumir las ideas que, en general, acompañarían la ciencia médica durante unos siglos en los que la medicina, en muchos casos bajo las directrices de grandes médicos árabes, fundamentaría los conocimientos que culminarían en nuestros días. Y no sólo en sus aspectos más fisiológicos o morfológicos, sino en aquellos que hoy llamaríamos de la medicina preventiva.

El ya citado Maimónides aconsejaba en el siglo XIII a sus pacientes que evitaran los excesos en la alimentación, que hicieran diariamente algunos ejercicios gimnásticos, que semanalmente tomaran un baño con agua tibia, que bebiesen vino con moderación, que no cambiaran súbitamente de costumbres de vida y que procurasen mantener en equilibrio y armonía el cuerpo y el espíritu. Sin duda pueden encontrarse, en nuestros días, algunos consejos más amplios y acomodados a nuestras costumbres, pero difícilmente pueden alejarse demasiado de aquella saludable sabiduría médica.

Y no puedo dejar de detenerme unos instantes en algo que llama la atención del estudioso de hoy, sobre todo si se deja llevar por el ánimo comparativo, entre aquella época y la nuestra, que propicia el mismo tema. Dejo a su consideración el que ustedes mismos vayan notando las similitudes.

En la Edad Media se prestaba especial atención, por su gravedad, a la melancolía, una manera, en ocasiones, de llamar a la locura. Esta destructiva y peligrosa afección del alma dañaba precisamente este equilibrio mencionado entre el cuerpo y el alma. Para los medievales, la tristeza y la melancolía eran la fuente de muchos males. La angustia que provocaba la melancolía podía causar no sólo afecciones indivi-

duales, sino también males sociales como consecuencia de la malsana influencia que se extendía por la intercomunicación negativa entre la gente. Subsistía, pues, aunque entendida de otra forma, aquella idea primitiva que relacionaba la salud y la enfermedad individuales con la salud y la enfermedad colectiva. Y no nos hemos alejado demasiado de esta idea cuando, hoy, podemos hablar de sensación de estrés o cansancio colectivo que influye en nuestra manera de contemplar la vida.

La necesidad actual de escapar del ajeteo y la violencia ciudadana y volver a la naturaleza en busca de aire limpio y sano, es una respuesta natural al agobio en que vivimos. No se hizo demasiado caso al renacentista Paracelso, quien ya a finales del siglo XV y principios del XVI, centraba su teoría en una lectura holística del mundo en la que nada es ajeno al todo y el todo se halla en cada una de sus partes. "Para la salud corporal del hombre, escribe Paracelso, nada hay en la tierra más valioso que conocer la naturaleza como un todo"

Paracelso, científico discutido y admirado a un tiempo, a partir de esa relación del hombre con la naturaleza, profundizó en la interioridad del ser humano y se atrevió a hablar del proceso alquímico de la naturaleza, en ella, dice, aparece y se reencuentra el hombre porque en ella se encuentra la enfermedad y al azar, toda la salud y la tribulación, todos los miembros y extremidades, todas las partes y la división de los miembros; en definitiva: se encuentra todo aquello que está o puede estar al lado y en el interior del hombre".

En el exterior, pensaba él, se halla el teatro de la naturaleza, el trabajo imprescindible de los órganos y en el interior la naturaleza transformada. Al médico le atribuye parte de ese trabajo de interiorización que el enfermo debe realizar para alcanzar una armonía interior que

facilitará su curación, porque salud y armonía van a la par. Y por eso su teoría se alinea junto a la filosofía alquimista que entiende la vida como un trabajo brillante de interiorización y de encuentro interior con el oro brillante de la vida que aún la materia con el espíritu.

SIGLO XIX

Con la revolución industrial del siglo XIX, la idea de salud y enfermedad experimentó la transformación radical que la ilustración propició en todos los aspectos de la vida política, social, científica. Laín Entralgo resume los avances de la ciencia médica en varios apartados. La medicina adoptó la idea de evolución, introdujo la estadística, impulsó el trabajo de laboratorio y empezó a diagnosticar con cierta precisión las lesiones internas de los pacientes. Sin embargo, y tal vez sea la ciencia médica una particularidad digna de tenerse en cuenta. El positivismo de la Ilustración no alteró el concepto o la intuición que siempre, a lo largo de la historia, de un modo u otro, se tuvo sobre la enfermedad como alteración del orden y de la armonía, entendidas estas como salud.

SIGLO XX

La medicina hoy es el resultado de todos los avances que la ciencia y las técnicas médicas pueden aportar a partir de todos los grandes descubrimientos médicos, científicos y técnicos. Todos los saberes han aportado métodos, formas, e instrumentos nuevos para hacer frente a las enfermedades curables y se continúa abriendo caminos de conocimiento científico para descubrir nuevas fórmulas que dobleguen las incurables. En esto estamos.

Podemos decir que no ha cambiado la salud ni la enfermedad, pero sí el modo de entenderlas. Tal vez no se hable tanto de armonía, de orden, de realización interior del individuo. Tal vez sólo se intente luchar contra la enfermedad como si de un enemigo se tratara. Tal vez la consideración de la compleja realidad humana en su plenitud sea una idea marginada o empujada hacia otros campos del saber. Pero, sin ningún tal vez, sí podemos afirmar todos y cada uno de nosotros que el sentido de aquél "me encuentro bien", o "te encuentro estupendamente", o del "no sé lo que me pasa, pero estoy fatal", o el dichoso "vamos tirando" que no se sabe si lo que vamos tirando es la vida...; todas estas frases que son reales, que son comportamientos, que son realidad cotidiana, están ahí indicando que si ha cambiado el concepto de salud y de enfermedad en favor de la técnica, los hombres y las mujeres de hoy seguimos entendiendo que encontrarse bien o mal es un estado que se relaciona con la totalidad.

Aspecto éste que muchas veces olvidamos. Porque, ¿quién es el hombre, la mujer sanos? ¿Aquellos que hacen training corporal, que cuidan su comida, que se preocupan por la higiene?. Yo creo que éstas son personas que, quizás, son sólo aparatos que funcionan bien, pero como hombres o mujeres, en su totalidad, son cuerpos que fallan. Por eso muchas veces nos encontramos con personas, aparatos que funcionan bien y, sin embargo, si hablas con ellos confidencialmente, te manifiestan haber perdido o no saber encontrar sentido a la vida.

Nuestra época, con su acentuación puesta en lo determinable por las ciencias naturales, ha producido sólo un tipo de ideología que atiende exclusivamente al bienestar corporal. Es lo medible científicamente y

también lo útil, "lo que tiene sentido". Otros valores se entienden como no científicos y se les relega por su poca importancia, a los que se acude sólo en casos extraordinarios a modo de refugio.

Sin embargo, como se demuestra todos los días, y no entiendo por qué ese dato comprobable no puede ser considerado científico, las personas, incluso como máquinas, poseen otro tipo de mecanismos que se quiere ignorar. Sentimientos, sensaciones, nostalgias, fe, esperanzas, momentos no medibles pero presentes con más fuerza incluso que los datos que suministran los instrumentos médicos.

La velocidad con que vive la vida contemporánea impide, a veces, reconocer las dos realidades que forman la unidad anímica- corporal que somos. Enfrentarlas o desconocer la menos tangible a nada conduce. Nunca hubo tanta gente que se siente enferma, desganada y sin sentido como en la actualidad.

Las voces hebreas "briut", salud" y "briah", creación, tienen la misma raíz. Se podría decir, entonces, que en el hombre y en la mujer mismos, se encuentra la fuerza creadora para la curación, fuerza con la que debe contarse a la hora de curar. La curación no depende sólo de la aplicación de unos métodos técnicos adecuados y el suministro de unos medicamentos correctos. A veces, muchas veces, no acaban de impedir que el enfermo continúe en un estado de enfermedad recurrente, hasta hacerse, en ocasiones, crónica. Las causas de muchas enfermedades se sitúan a veces en aquella realidad marginada, olvidada, anímica, que manifiesta su falta de plenitud en la enfermedad corporal.

La ciencia médica no se adecuará a la realidad en tanto no reconozca

que la enfermedad está ligada a emociones, estados de ánimo y expectativas de la persona. Y pienso que este cambio no va en dirección a más técnica, más instrumento, más método, que sin duda son importantes, pero que necesitan también ser arrojados por la circunstancia humana que reúne al paciente con el médico, con el Fisioterapeuta o la fisioterapeuta, con el enfermero o la enfermera con el podólogo o la podóloga.

CONSTANTES HISTORICAS

Si he querido seguir el esquema histórico que el antropólogo Lluís Duch ofrece en su libro "Simbolismo y Salud", es porque él resalta dos coordenadas que me parecen fundamentales para tener en cuenta en el ejercicio de la medicina en general y de nuestras profesiones en particular.

ENFERMO-SOCIEDAD

La primera coordenada es la relación entre enfermedad o enfermo y sociedad. El enfermo no es un ser solitario, ni su enfermedad está al margen del conjunto de los ciudadanos. Es verdad que se ha pasado de entender al enfermo como un individuo en el que se manifestaba el mal, los espíritus malignos, y era toda la tribu la que intervenía en la curación porque en esa magia se curaban todos o todos renovaban el equilibrio y el orden naturales, a una individualización de la enfermedad, a un entendimiento del enfermo como sujeto paciente individual.

A la lógica impuesta por los conocimientos científicos se debe esa natural y progresiva individualización de la enfermedad. Al progreso y sus aciertos debe agradecersele que así sea. Pero, ¿no subyace en toda

enfermedad, la enfermedad colectiva?, ¿no refleja todo dolor individual, el dolor social?, ¿no hay en cada paciente una lección global por aprender?. Sin duda, el enfermo, nosotros cuando estamos enfermos, notamos como si nos "hubieran dado de baja" en algo más que en el simple trabajo. Como si se nos apuntara en una lista donde se inscribiera al hombre o a la mujer en una cierta marginación. Empezamos a sentirnos pesados, un peso para los demás y para nosotros mismo. Seres necesitados de ayuda. La colectividad, los amigos, la familia, empiezan a vernos de otro modo y nosotros mismos acabamos por "estorbarnos". La enfermedad conlleva siempre ese "dolor de cabeza" añadido.

Y si estas características que acompañan al ser enfermo deben de ser tenidas en cuenta por toda la clase médica ¿vamos nosotros fisioterapeutas, podólogos, enfermeros a creernos ajenos a estas consideraciones?.

ARMONIA- DESARMONIA

El segundo aspecto o la segunda coordenada que se deduce de este breve recorrido por la historia es la consideración de la enfermedad como desarmonía, como desconcierto de alguna parte, como disfunción que estropea el conjunto.

El conjunto para los pueblos primitivos era la tribu, la sociedad que formaban todos ellos, y la enfermedad de un individuo afectaba a cada una y a todas las familias que vivía en aquel grupo. El mal de uno era el mal de todos. Y la curación suponía la recuperación de una pérdida de armonía entre los poderes de la tierra y los del cielo. Unos conceptos que aplicaron Paracelso y otros a una cultura diferente, de extensa geografía, pero unida en la idea de la salud como armonía y en

la enfermedad como un mal funcionamiento o una disfunción en el proceso del individuo hacia su plenitud.

Recuerdo haber leído que Hildegarda von Bingen, una monja benedictina del siglo XII, mujer sabia de vastos conocimientos que se adentró en campos tan dispares como la teología, la filosofía, la música, la medicina ..., pensaba que toda la vida del hombre no es otra cosa que un coloquio sobre la salud. Un coloquio, podemos añadir, que discurre en la historia, como historia colectiva, pero también individual porque todos nos sentimos particularmente protagonistas en la conservación de nuestro propio bienestar. Ese bienestar que, en justicia, debemos expandir hacia los que nos rodean y hacia latitudes no por lejanas ajenas a nuestra familia humana.

El humanismo internacional portador de salud a lugares donde calamidades naturales o las guerras suicidas destrazan las vidas de seres humanos al tiempo que es causa de admiración, nos permite considerar el contraste que los derroteros mecanicistas de la ciencia médica impone. Tal vez no seamos demasiado conscientes de esta realidad más que cuando nos toca estar del otro lado, como pacientes. ¿No parecemos partes de un engranaje anónimo?. ¿No parecemos conejos de Indias con los que se experimenta para logros ulteriores?. Si tenemos la suerte de no habernos sentido nunca objetos de estudio, recordemos que muchas quejas de los pacientes van por ese camino.

La Organización Mundial de la Salud propuso en su momento esta definición: "la salud es un estado de perfecto bienestar físico, mental y social, y no sólo ausencia de enfermedad". Estas palabras creo expresan plenamente, como resumen, las ideas deducidas del recorrido histórico. Pero sería absurdo entenderlas, caer en la cuenta de que las cosas podrían ser así o debieran ser de otro modo o mejorarse y olvidarlas.

APLICACIONES PRACTICAS A LAS PROFESIONES

Nadie puede pensar o no debemos pensar que hay ideas cuya grandiosidad margina a las profesiones que, alguien podría entender como de segunda línea. Pues bien, partamos de algo que pienso es fundamental: No hay causas, ni oficio, ni tratamiento de poca monta.

La ilusión que ponemos en las cosas depende de la aceptación no sólo social de nuestro trabajo sino también de los profesionales de la salud. Según las noticias que nos informan de cómo se va entendiendo nuestro trabajo en la aldea global que es el mundo podemos comprobar, día a día, que los responsables de planificar los sistemas de salud, amplían nuestras responsabilidades.

En estos últimos años los que practicamos nuestras disciplinas hemos ido traspasando los límites que en un principio se nos habían asignado. En muchas ocasiones nos hemos convertido en complementarios indispensables para la salud, participamos en la curación de manera viva, consistente y reconocida, lo que no sólo fundamenta una mayor solidez profesional, sino que aumenta nuestra responsabilidad en nuestro quehacer diario y nos anima a una investigación y reciclado constantes, al tiempo que nos aproxima a una mayor profundización humana en este trabajo al que el destino, o vaya usted a saber quién, nos ha colocado.

Los enfermeros y enfermeras, son profesionales que se hallan precisamente en esta sutil frontera entre el mundo de la medicina, esa incógnita para el enfermo, de la que esperas la curación, el milagro de la recuperación de la salud, y la vida ordinaria de la que proviene y que

ha dejado, por el momento, a un lado. Casi se podría afirmar que por los enfermeros y las enfermeras el enfermo sabe que todavía es posible volver a incorporarse al trabajo porque ellos están aquí. Profesionales que entienden el lenguaje científico y lo traducen haciéndolo comprensible para el enfermo que espera de ellos lo que en tantas ocasiones, es casi imposible. Bien se puede decir que entre la salud y la enfermedad o entre ésta y la salud, como imagen humana, aparece la enfermera o el enfermero que les mantiene unidos a la vida. El enfermo estudia, escrutina, interpreta todos los gestos del enfermero o la enfermera que saben lo que él ignora. Y piensan muchas veces que no puede decir la verdad. Ese silencio obligado pide a gritos una sonrisa, una palabra amable, una mirada tranquilizadora. La callada complicidad indicará siempre que de la armonía perdida por la enfermedad todavía queda un cordón umbilical con presagios de esperanza. No todos los momentos son iguales, pero no hay situaciones sin importancia. Si se la vamos quitando a lo pequeño, pronto se lo negaremos a lo mayor.

"Que no hagan callo las cosas ni el alma ni en el cuerpo...", cantaba el poeta León Felipe deseando que la vida no fuera como es. El dolor le llevó a la creación de sentidos versos. Así son también de paradójicas nuestras profesiones hechas de pasión y vida en la que el dolor nos convoca. Un aliado al que, sin embargo, debemos silenciar en favor de una saludable armonía siempre vulnerable.

Con los pies doloridos, cansada el alma, esperan el alivio a tanto roce de la vida que se manifiesta en los pies de los enfermos. Es humilde la postura del podólogo a los pies de sus pacientes, pero conlleva toda la grandeza y la humanidad que puede descubrirse en los ojos descansados y agradecidos de quien ha visto desaparecer el dolor. Alivio, tantas veces, que llega también a través de las conversaciones que con familiaridad, amistad, confianza se han desarrollado mientras

las manos del profesional recorría los puntos sensibles de los pies donde, como todos sabemos, se reflejan los órganos que componen la estructura total del cuerpo.

Esa estructura enferma, a veces, tambaleante, desestructurada, enrarecida, con la que llegan a nuestras manos de fisioterapeutas los enfermos. Con los ojos y con las manos comprobamos hasta qué punto un cuerpo puede llegar a desarmonizarse y, casi al tiempo, comprendemos hasta qué punto duele en estos pacientes el alma, el estado anímico. Se saben "de baja" de la sociedad, de la familia, de las amistades, están muchas veces solos por fuera, casi siempre lo están por dentro. El movimiento se demuestra andando dice el refrán, la vida se demuestra en el movimiento, dice la experiencia La libertad de movimiento es el primer escalón de la libertad. Pues bien, han perdido la libertad. Y nosotros estamos para ayudarles a recuperar la salud, es el movimiento normal, la libertad.

SANADORES

Estoy hablando de la hora de la verdad. La hora H y la hora D.... de curar. De esa hora escribe en su tratado de medicina integral el Doctor Albertos Costán, "verdadera y única hora del médico y en lo que nos corresponda en nuestras profesiones, se debe ayudar al hombre o la mujer que tengo ante mí, ayudarle en su miedo, en su incapacitación, en su dolor, en su miseria y, junto a esas ayudas psicológicas, debo intentar restaurar su equilibrio biológico y desarticular aquellos mecanismos que le enferman. Y en ese instante maravilloso, único, en que el médico, los profesionales de la fisioterapia, de la podología, de la enfermería, saben que pueden ayudar, no ha de paralizarle ninguna consideración egoísta.

Es en ese instante en el que la vida tiene sentido porque se recupera para el paciente el sentido de la vida que, tal vez, había perdido con la melancolía que tantas veces acompaña la enfermedad, o, tal vez, por esa milagrosa curación interior que realiza la palabra amable, hasta el dolor y el sufrimiento pueden tener sentido.

Tratar con el dolor, con la enfermedad, con el sufrimiento, con la hora de la verdad de los seres humanos conscientes, sitúa al sanador en la vanguardia del humanismo. Y eso es un reto a nuestra capacidad, por supuesto a nuestra capacidad profesional, pero también a nuestra capacidad humana, a nuestra capacidad de amor, de imaginación y creatividad, de nuestra inteligencia.

Porque este delicado asunto de procurar la salud ajena es, en cuanto la enfermedad es siempre un misterio por desentrañar, un oficio de búsqueda, de conocimiento y no sólo de la enfermedad que pueda aquejar al enfermo sino de la vida. El ejercicio de esta profesión es un notable y estupendo trabajo de experiencia y de sabiduría porque cada enfermo es historia concreta, particular educación, individuo irreplicable.

Sorpréndase de cuánto saben cuando den consejos que les salen de dentro. Todos somos una mina por descubrir, un tesoro oculto por hallar. Y si reflexionamos las palabras de consuelo dichas a los demás cuando nos invada el cansancio al fin de la jornada sabremos que esta lleva el sello del trabajo bien hecho.

Ayudar a sanar es sanarse. Los avances técnicos nos proporcionan, sin dudarlos, medios adecuados para los tratamientos, pero debemos evitar

que su frialdad aleje de nosotros aquella sensibilidad humana que, incluso a nosotros, nos mejora, porque en el acto de sanar también el sanador es afectado.

Quiero que el saludo, de desear salud, con el que he empezado estas palabras sea un brindis por el futuro, por la buena suerte, para ustedes, para sus familiares y para sus enfermos.

Gracias.

Madrid, 25 de Junio de 1999